

[La belleza no es un hecho extraordinario...]*

· Mi poesía

Parece presuntuoso que yo hable de mi poesía, pero al cabo de los años he llegado a comprender que la belleza no es un hecho extraordinario, que la belleza es común, y que todo hombre puede alcanzarla o, como decía Plinio el Joven, en una frase transcrita por Cervantes, «no hay libro tan malo que no tenga algo bueno», y que a todos nos está permitido alguna vez, por una favorable conjunción de los astros, lograr la belleza, aún a mí, viejo aprendiz de setenta y tres años, que he aprendido a fuerza de errores. Recuerdo que cuando estuve a punto de publicar mi primer libro, *Fervor de Buenos Aires*, año de 1923, quise mostrárselo a mi padre, que era un fino poeta, y me dijo: «No, tienes que cometer tus equivocaciones y descubrirlas». Luego yo le di un ejemplar. Nunca me dio su opinión sobre él, pero después de su muerte encontramos este primer ejemplar de aquella primera edición de 300 ejemplares. Lo encontramos casi oculto bajo una maraña de correcciones y de enmiendas, que yo adopté para la segunda edición, que se hizo tantos años después de su muerte. Mi padre nunca me dijo una palabra sobre el libro. Pero comprendí que todas sus correcciones eran justas. Él quería que yo me hiciera a fuerza de golpes y no sé si he logrado hacerme, pero sé que he cometido todos los errores literarios posibles, que mi carrera ha sido una serie de equivocaciones. Y ahora querría recordar un momento, acaso imaginario —pero, ¿cómo puedo distinguir lo real de lo imaginario?—, el momento en que la poesía me fue revelada. He inventado varios recuerdos igualmente apócrifos, igualmente auténticos sobre este momento. Puedo pensar en mi padre (me es tan grato referirme a él) recitando unos trozos de Swinburne o de Keats o de Shakespeare, y revelándose, de pronto, que el lenguaje no sólo es un medio de comunicación sino un símbolo, una pasión y una música. Puedo pensar también en un vecino nuestro, en el arrabal de Palermo: Evaristo Carriego, recitando un largo poema hoy más

* En el año 1973, el poeta Luis Rosales, entonces Director de Actividades Culturales del Instituto de Cultura Hispánica, organizó un ciclo llamado «La literatura hispanoamericana comentada por sus creadores». Intervinieron en ese ciclo (que fue el antecedente de las actuales «Semanas de autor» que ahora se celebran en el Instituto de Cooperación Iberoamericana), entre otros, Juan Carlos Onetti, Manuel Mujica Láinez, Agustín Yáñez, Luis Alberto Sánchez, Arturo Uslar Pietri, Germán Arciniegas, Gilberto Freyre, Héctor Rojas Herazo, Olga Orozco, Enrique Molina, Ernesto Cardenal, Pablo Antonio Cuadra, Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Germán Belli... Estos autores invitados pronunciaban una o dos conferencias sobre su propia obra ante un público predominantemente joven que comenzaba así su conocimiento personal de buena parte de los grandes

escritores hispanoamericanos. El primer escritor que acudió a esa cita con sus lectores en Madrid fue Jorge Luis Borges. Pronunció dos conferencias en dos tardes sucesivas (24 y 25 de abril de 1973), que fueron, obviamente, memorables. Aquellas dos conferencias, grabadas y posteriormente mecanografiadas, se publican ahora por primera vez. Se ha conservado en la transcripción alguna que otra repetición propia de una improvisación (recordamos la figura concentrada de Borges y recordamos su fluidez verbal prodigiosa) y sólo en algún caso hemos renunciado a algunas palabras cuando una frase no había sido enteramente recogida por la grabación, debido a aquella peculiaridad de Borges de otorgar a veces una intimidad a su discurso que casi llegaba al silencio. Salvo estos leves accidentes, los textos presentes nos llegan directamente desde la opulenta capacidad de improvisación del maestro. (D.)

o menos olvidado, «El misionero», de Almafuerte, y yo, oyéndolo. Puedo pensar también en mi abuela, recitando y leyendo la Biblia, que se la sabía de memoria. Cualquiera de esos momentos es posible y hasta probable. Alguno de ellos tiene que ser cierto. Lo que sé es que llegué a sentir, desde una época tan lejana que ya el olvido circunstancial lo olvida, que yo tuve la revelación del arte de la poesía, es decir, del valor mágico de la palabra. Y luego, mucho después, hice ese otro descubrimiento del cual he hablado, el hecho de que la belleza es común y que todos podemos alcanzarla o la habremos alcanzado alguna vez.

Conozco en Buenos Aires a un centenar de poetas mediocres y aún pésimos, muchos muy buenos, y sé que aún los pésimos tienen versos dignos de recordación, de modo que, quizás, haya alguna buena línea en mi obra, y puedo pensar que si yo he escrito, y me da vergüenza confesarlo, cincuenta volúmenes, ha sido realmente para escribir dos o tres páginas, acaso esto es demasiado ambicioso, dos o tres líneas digamos, eso basta y sobra. El tiempo es el mejor antologista.

Y ahora querría recordar una segunda revelación que está vinculada a Madrid. El ambiente de mi casa era un ambiente más bien de conversación familiar, de discusión filosófica y metafísica. Mi padre fue profesor de psicología, y recuerdo que me explicaba las aporías de Zenón de Elea alrededor del tablero de ajedrez. Pero quiero recordar el año, los años 1920 o 1921, mi cronología es vaga. Por entonces yo llegué a Madrid con mi familia y descubrí algo del todo nuevo para mí, a pesar de haber tenido ya algunos diálogos con mis amigos escritores en Ginebra (me es grato recordar a Simón Wislinski, a Mauricio Abramovich y amigos de entonces y de siempre). Llegué a Sevilla, llegué después a Madrid, y descubrí un mundo que no sé si es históricamente exacto, ustedes podrán corregirme, pero creo decir la verdad al decir que descubrí un mundo que parecía dedicado al diálogo literario. Ahora la pasión política, por ejemplo, ha atenuado la pasión literaria, pero entonces, en Madrid, y después en Buenos Aires, podía existir la pasión estética y esa borraba a las otras. Recuerdo que años después yo fundaría la revista *Proa*. En esa revista estaba Ricardo Güiraldes, conservador como yo lo soy ahora; yo, anarquista spenceriano como lo fui entonces y quizá todavía lo sea. Teníamos otro que era católico, creo que había un teósofo también, pero eso no estorbaba lo más mínimo nuestra amistad porque sentíamos que lo esencial era la literatura. Quiero referirme aquí a un escritor olvidado con injusticia, porque sería absurdo que yo aquí en Madrid no lo recordara, y además le he recordado por tantas ciudades, bajo distintas constelaciones. La palabra «constelaciones» no es un hábito mío, porque parece que al hablar de Rafael Cansinos Asséns es natural hablar de constelaciones, usar ese tipo de palabras. Recuerdo que en la primera página de *El divino fracaso*, él hablaba, ya con cierta nostalgia de hombre entrado en años, de su juventud, cuando dijo: «Yo contaba mis obras futuras por el número de las estrellas». Una espléndida hipérbole. Y la obra de él está llena de esas hipérboles.

Nos reuníamos los sábados en el Café Colonial, «el café de los divanes», lo llamaba

Cansinos, quizá porque se presentía atraído por todo lo oriental y además él sabía que «diván» es una colección de poemas. Nos reuníamos con Cansinos Asséns los sábados por la noche, no se fijaba la hora, y la reunión concluía bien alto el sol. Hablábamos todo el tiempo de literatura. Todo esto lo ha contado Rafael Cansinos Asséns mucho mejor de lo que yo puedo hacerlo ahora, en este momento en que estoy trabado y emocionado; él estaba emocionado también, pero él era un gran escritor y la emoción era para él un instrumento. Pues bien, en esas reuniones él proponía un tema. Ese tema podía ser la metáfora, podía ser el verso libre, podía ser las ventajas o desventajas de la rima, podían ser los temas en la literatura —él tiene un libro sobre los temas literarios—, podía ser cualquier tema de éstos, y todos teníamos plena libertad para opinar.

Una circunstancia curiosa de ese cenáculo, y me han dicho que no es una circunstancia común, es que él no quería que se hablara mal de otros escritores, salvo de escritores antiguos y muertos, pero no de contemporáneos. En general se prohibían los nombres propios, era una convención tácita. Cansinos se ha referido a todo eso desde el principio de *El divino fracaso*.

La gente lo ve ahora como el padre del ultraísmo. El ultraísmo fue una de tantas sectas; pensemos en el imaginismo de Pound, en el cubismo, en el futurismo, sobre todo en ese gran movimiento judeo-alemán que fue el expresionismo. Cansinos quería una literatura basada en la metáfora y nos proponía una revolución basada en ese hecho. Eso lo había programado Leopoldo Lugones en el pueblo donde escribió *Lunario sentimental*, basándose en un argumento algo falaz, el hecho de que todas las palabras son metáforas y renovar las metáforas es renovar el lenguaje. Pero Cansinos, al mismo tiempo, ejecutaba una revolución más íntima, una revolución secreta, por así decirlo. Es verdad que él publicó en las revistas *Grecia*, de Sevilla, y *Ultra*, de Madrid, algunos poemas bajo el seudónimo de «Juan Las» (en francés *las* significa cansado) en que él se proponía simplemente reducir la poesía a su elemento esencial: la metáfora, pero al mismo tiempo ejecutaba una revolución distinta en libros como *El divino fracaso*, que están concebidos de un modo musical.

Mi madre me releía estos días pasados *El divino fracaso* y yo sentí entonces que las repeticiones de ese libro son deliberadas, es como si el autor tomara ciertos motivos: las estrellas, la luz de los cristales y del alba en el Café Colonial, la amistad, el fracaso, la vejez que se acerca, la aceptación casi feliz del fracaso, y luego algunas imágenes visuales: la luna, las viñas, y fuera repitiéndolas deliberadamente como notas sobre una composición musical. Él nunca habló de eso, era demasiado importante para que hablara de eso con nosotros, que éramos muchachos y que tratábamos de ser modernos, sin saber que todo hombre es moderno, o sea, que fuera del *Viajero del tiempo*, de Wells, nadie ha logrado vivir el futuro o el pasado, y aún si nos traladáramos al futuro o al pasado, ese futuro y ese pasado serían nuestro presente. Queríamos heroicamente ser contemporáneos, como si no lo fuéramos ya, como si inevitablemente no lo fuéramos.